

Abril 14 de 1963.-



Pascua Florida entre un bosque de gigantescas rosas blancas y capullos de rosas de porcelanas rosadas. En medio de selvas de altas azucenas rosadas y unas hortensias blancas tan blancas y redondas como las nubes se escucha el cántico de amor en medio del silencio de la isla. Del regreso de la vida, de la derrota de la muerte, del trunfo del espíritu sobre la indiferencia y olvido y la miseria de una pobre humanidad sin esperanza. Esther de mi alma, ningún lugar mejor para ir a tu encuentro (aunque jamás estamos separadas) que esta isla eternal desde donde, la última vez en compañía de mi adorada María Eugenia pensábamos juntas en ti y rezábamos juntas por ti. Hace pocos días recibí aquí el libro de Basso Maglio y tu prólogo trascendental. He de escribirte con más tiempo sobre este libro cuyos diálogos fueron los últimos diálogos del poeta con el conocimiento y con lo desconocido. Está todo impregnado de la luz de su alma, de ese lenguaje oscuro para algunos y tan brillante y tan sublime para aquellos acostumbrados a la convivencia con la luz. Te escribiré con tiempo y calma al respecto. Quiero recibir tus cartas tus noticias y carta de Maruja y de Edgarda y de Enrique mientras esté en la isla. Pueden dirigir las cartas a Pontevedra de Santiago que desde allí me las remiten. Estoy escribiendo cosas nuevas tocadas de fuerza y creo que te llamarán la atención. Cuando regrese al continente desearía saber algo sobre lo que tantas veces he tratado de plantearle a Haedo y sobre lo que él parece tener algo ya resuelto. Es muy difícil para mí escribirle a Eduardo porque las correspondencias se pierden en una emmarañada red secretarial. Es más fácil que tu, Juana, Edgarda lo visiten de pronto y salgan de allí con un decreto en la mano. Insisto en decirle a Haedo lo que le dije una vez antes de abandonar el Uruguay: No daré a mi patria la oportunidad de hacerme un brillante funeral "donde tu sin duda alguna pelearás el primer lugar del discurso."...Pues yo gran organizadora de la vida también tengo organizada mi muerte. El testamento escrito y el lugar donde seré enterrada; precisamente aquí en mi isla donde los pescadores no podrán pronunciar discursos, pero escucharé el canto del mar y el dolor del corazón de los seres humildes que han compartido conmigo este maravilloso exilio. Estoy bien sola, bien fuerte y bien dispuesta a todo. El Lunes comienzo a levantar una gran cocina de muros de piedras, quiero construir con los mismos elementos que ví construir en las islas de la Polinesia que acabo de dejar, una estructura sólida, amplia y durable. La cocina a Hierro y a leña como eran las cocinas de mi infancia. En ella guizaré los pescados y las langostas con más arte y sabor y gracia que los cocineros de los reyes de Francia. Es una pena que tu y Alfredo no vengas hacerme compañía. Es una pena que Haedo tenga que terminar sus días comiendo en el Restauraen El Aguila. Todo es una pena lo unico hermoso es vivir lo más posible cerca de Dios y lejos de las miserias humanas.

Antes de terminar esta carta quiero hablarte del amanecer en la isla. Antes de las 6, mi dormitorio que es la proa misma de la cabaña que es el segundo piso, que es mi estudio, lleno de libros, de santos, de porcelanas, de retratos, de rosas y todas sus paredes de cristal. Yo centinela de esta proa aviso el primer paso de la luz en el horizonte. Un raudal de rojos, de oros, entre el cielo y el mar a cuyo encuentro voy a través de una selva compacta, por entre cuyos claros, la luz hace su juego radiante. Con esa rapidez que pone la luz en su desplazamiento por el cielo en su alegría con que toca el mar y la tierra y el alma de las cosas. Todo mi ser devora apresuradamente los rápidos cambios de escenarios lo celajes que siguen después, grises, acerados, de plata y al fin límpidos y de una clara seda brillante y lejana. Ya está el día en la isla. Se ponen de pie los fuertes verdes de la floresta y el chirrido alegre de los picaflores repiquean en los cristales de la cabaña. De las pequeñas casitas de pescadores que palpitan en la hondonada y en los faldeos de la isla sube el primer humo de la cocina isleña. Del hombre que ha salido a la mar con sus remos al hombro en unos minutos más. Se oye también el golpe seco del acha que parte la leña y algún lejano válido de viejas cabras de Robinson Crusoe. Un rumor permanente de agua que corre casi debajo de mi almohada y que desde hace siglos viene rodando desde la salvaje cumbre del yunque por hondonadas por defiladeros entre siglos de lechos y fáciles antiguos de perfumados sándalos. Todo aquí es milenario. Un resto de los primeros seis días del mundo. Un pescador que no tiene otra profesión que la pesca estos días, por sí solo, comenzó a fabricar con sus manos montones de pequeñas cruces usando para ella la más hermosa y original madera de la isla: la chonta; es una palma blanca y negra y la madera es dura como de piedra. Las cruces han resultado preciosas y estoy viendo la manera de mandarte una. Mañana o pasado te seguiré escribiendo de mi isla para que tu también, te sientas más cerca de mí. Para Alfredo para Maruja para Edgarda para Enrique y Mitita toda la alegría de mi corazón y para ti mi amor y mi ternura constante.-

*Blancos*